

La Universidad Centroamericana NUEVA EXPRESION DE CULTURA

RUBEN DARIO Y BASUALDO

"La Humanidad contemporánea entra en la hora decisiva de su destino trágico histórico. Los acontecimientos se desenvuelven hoy día dentro de un carácter planetario-universalista y apocalíptico. El apocalipsis concierne, no solamente a la meta-historia, sino también a los acontecimientos en la misma historia hasta ahora. Esto significa la negación y condenación sobre la existencia histórica de la Humanidad. Los acontecimientos de hoy día expresan la contradicción y la inconsistencia de la realidad histórica, la cual se manifiesta como anti-humanismo y anti-personalismo. El hombre en su actividad social crea la historia y al mismo tiempo la experiencia de su libertad ilimitada, constituye el carácter despótico de la misma. El hombre, de creador, se convierte en esclavo e instrumento de la historia. La esclavitud tiene descendencia individualista, proviene primordialmente del sujeto, y después adquiere un carácter colectivista. El determinismo y materialismo representan una ilusión para la conciencia esclavizada, y para la personalidad libre ellos son inconsistentes. En el mundo contemporáneo la civilización se manifiesta como esclavitud espiritual, como mecanización y socialización del hombre. Y a pesar de todo el hombre no puede escapar de la civilización. Esta es su creación y su camino. El problema es: ¿cómo el hombre puede ser liberado de la esclavitud y de la brutalidad materialista de la realidad civilizada, sin abolir la misión social-económica constructiva de la civilización"? (1).

Con estas palabras de la obra de Antony St. Gasch-teff, "FILOSOFIA DE LA LIBERTAD" —que este autor dedica a la memoria del gran pensador ruso Nikolai Berdiaeff— queremos iniciar este trabajo que pretende destacar la importancia de la fundación de una Universidad Católica en Nicaragua —la Universidad Centroamericana— que viene a llenar una necesidad largamente sentida en nuestro medio en un momento histórico de circunstancias críticas.

En efecto, no podríamos dejar de referirnos aquí al "escenario" dentro del cual se desarrolla el drama del hombre contemporáneo. Porque no es posible —como sostienen los adeptos de la filosofía de la existencia— aislar al individuo de su circunstancia (2).

¿Y cuál es —preguntamos nosotros— esa "circunstancia" a la que se encuentra encadenado, cual nuevo Prometeo, el hombre de la segunda mitad del siglo veinte? Para decirlo con claridad, bastaría con señalar —como lo hace A. Hunold en su Prólogo a la obra "EL MUNDO LIBRE EN LA GUERRA FRIA" editada en 1959 por el Instituto Suizo de Exploraciones Extranjeras, que la controversia con el totalitarismo se ha convertido en el problema más candente de nuestro tiempo. Aunque muchos cono-

cen la necesidad de una clasificación intelectual —dice—, se puede observar siempre de nuevo que, enjuiciando tanto la estrategia como la táctica de la guerra fría, se cometen los errores más fatales. Si se va al fondo del asunto, casi siempre se comprueba un alarmante desconocimiento del carácter y de las bases espirituales de la doctrina totalitaria. Muchos se satisfacen con la alusión al materialismo dialéctico sin molestarse en preguntar por el origen espiritual.

Creer haber caracterizado bastante al totalitarismo con observaciones atinadas de suyo, como "religión de lo inmoral", y parece que no se han dado cuenta de que no dan pruebas suficientes de ningún modo, porque, especialmente después de la segunda guerra mundial, la influencia de las ideas totalitarias, tanto para las masas como particularmente para los intelectuales, ha sido tan grande.

Hace notar el mismo Hunold, que la experiencia, principalmente después de la primera guerra mundial, ha enseñado que fuerzas adversas a la libertad pudieron a menudo deslizarse en nuestra civilización occidental sólo porque importantes filósofos, sociólogos, historiadores y economistas provocaron un ambiente "fin de siècle" según el cual toda nuestra cultura estaba condenada a una inevitable ruina. Las fatales consecuencias del determinismo histórico, del lapso entre las dos guerras —agrega—, se notan todavía hoy. Casi parece una ironía cómo la propaganda marxista sabe operar con el mito del curso inevitable de los procesos históricos y con la inevitable decadencia nuestra; nuestros adversarios nunca se cruzan de brazos esperando la ruina de la cultura occidental profetizada por ellos; al contrario, desarrollan una actividad que requiere atención (3).

Desde las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) se ha ido agravando ininterrumpidamente la tensión política internacional. El hombre de nuestro tiempo se encuentra inmerso en un torbellino que amenaza con destruir su equilibrio espiritual y su libertad física. La aplicación de la energía atómica con fines bélicos ha enfrentado a la Humanidad con la posibilidad de su aniquilación en la eventualidad de una nueva conflagración universal.

Ya lo había indicado Albert Einstein en su famoso mensaje a los sabios italianos, al expresar que tras murallas de misterio se perfeccionan con febril apresuramiento los medios de destrucción colectiva. Si se alcanza tal objetivo, el envenenamiento de la atmósfera por la radioactividad y, a consecuencia de ello, la destrucción de toda la vida sobre la Tierra, entrará en el dominio de las posibilidades técnicas. Todo parece encadenarse en

este siniestro desarrollo de los acontecimientos. Cada paso parece consecuencia inevitable del que le ha precedido, y al final del camino se perfila en forma cada vez más clara el espectro de la aniquilación total" (4).

Señalamos en otra ocasión, que tres son las cuestiones de las cuales depende la paz del mundo y el porvenir de la Humanidad; el desarme, la suspensión de las pruebas nucleares y la cooperación pacífica en el espacio exterior. Tres problemas íntimamente ligados y que se influyen recíprocamente, que pueden ser considerados como el centro neurálgico alrededor del cual gira la política internacional de los tiempos presentes (5).

El Teniente General James M. Gavin —autor de "GUERRA Y PAZ EN LA ERA DEL ESPACIO"— hace notar al estudiar las perspectivas técnico-militares ante la amenaza de una Tercera Guerra Mundial, que la guerra general en la era de los proyectiles balísticos intercontinentales deberá constituir una conflagración que abarque la Tierra entera como teatro táctico. Hasta el presente —afirma— las guerras han llegado a ser continentales. Pero el alcance de los vehículos de reconocimiento y de las armas y la capacidad del hombre para usarlas en cualquier punto del mundo nos obligará por primera vez a una guerra terráquea (6).

No podríamos dejar de mencionar —antes de cerrar estas líneas dedicadas al panorama del mundo contemporáneo a la "nueva tecnología", calificada por muchos de "segunda revolución industrial"—, esa depurada técnica de nuestro tiempo, de la obra electrónica y nuclear, que según demuestra Friedrich Pollock en su documentado libro "LA AUTOMACION, SUS CONSECUENCIAS ECONOMICAS" crea enormes posibilidades, pero plantea también formidables problemas (7).

"La Universidad —decía Karl Jaspers— tiene la misión de buscar la verdad en la comunidad de investigadores y discípulos. Es una corporación con autonomía, ya sea que deba los medios de su existencia a fundaciones, a patrimonio antiguo o al Estado; ya sea que haya obtenido su pública autorización por medio de bulas papales, de imperiales actas de fundación o de actos de los Estados federados. Bajo todas estas condiciones puede realizar independientemente su propia vida, ya porque los fundadores de la Universidad así lo quieren, o en tanto la toleran. Su vida propia, cuya libertad autoriza el Estado, está originada en la idea imperecedera, una idea supranacional y universal como la de la Iglesia. Ella reivindica, y a ella le es concedida, la libertad de enseñanza. Quiere decir que debe enseñar la verdad independientemente de deseos y consignas que pretendieron limitarla desde dentro o desde fuera" (8).

Y añadía a renglón seguido en su notable trabajo sobre "LA IDEA DE LA UNIVERSIDAD": "La Universidad es una escuela pero escuela única en su género. En ella no sólo se debe enseñar: el alumno debe participar en la investigación y llegar así a una formación científica decisiva para su vida. De acuerdo con la idea, los alumnos son pensadores independientes, autorresponsables, que siguen con espíritu crítico a su maestro. Poseen la libertad de aprender".

Y es a esa "libertad de aprender" a la que queremos

referirnos en especial en esta parte de nuestro estudio, porque esa libertad está encuadrada dentro de una libertad mayor que se ve amenazada —como lo señalamos al comienzo— por el espectro del totalitarismo.

La diferencia fundamental entre democracia y totalitarismo consiste, según Malinovski, en que la democracia nos proporciona todos los medios de afrontar cualquier amenaza seria a la libertad. El totalitarismo niega a la libertad y ubica a la fuerza como única inspiración efectiva de la conducta humana. Si se deja que continúe el totalitarismo, en su doble dimensión de fuerza militar y doctrina de brutalidad, el fin de la civilización es inevitable. Sólo una organización mundial para el orden y la paz puede salvarnos, como también la fe fuerte y viva en nuestros ideales de democracia, en la igualdad de todas las naciones y razas, y en la convicción de que el hombre está en un mundo para producir y crear y no para destruir y matar. Esta fe debe desempeñar en nuestro sistema el mismo papel que el tosco misticismo de las comedias de magia en los sistemas totalitarios. Si esta fe está muerta todo ha terminado en el mundo que hemos amado y apreciado, en el mundo en que podemos vivir y trabajar por el progreso de la civilización. Pero estoy profundamente convencido de que nuestra fe —concluye Malinovski—, impregnada de ciencia y religión, de ética de la ciudadanía libre y de independencia del juicio moral e intelectual, sigue viva aún. La indicación científica de la libertad intentada en este análisis, vindica a todas nuestras preferencias personales, ya que muestra en frío y desapasionado análisis, que nuestro régimen democrático es un sólido mecanismo de progreso, mientras que el totalitarismo matará inevitablemente, no sólo a la libertad, sino también al don que éste le ha hecho a la humanidad: la cultura (9).

Y es por la supervivencia de esa cultura seriamente amenazada en nuestra época de "Humanismo y Terror" (10), que se alza la bandera de la Universidad Centroamericana. Ya ha pasado la época de vacilación frente a cualquier forma de totalitarismo. La libertad de enseñar y aprender debe reconocerse indubitablemente como principio SINE QUA NON de la democracia en nuestro mundo Occidental.

En Nicaragua —para ser más concretos— la nueva Universidad ha venido a despertar las conciencias a la realidad cultural de nuestra circunstancia histórica. Una vez más se ha puesto en evidencia los beneficios de la libertad de enseñanza y aprendizaje frente a los monopolios del intelecto.

La Universidad Centroamericana es, ante todo, una escuela de hombres libres. Sus directivos piensan —como el insigne educador y hombre de ciencia Fray Agustín Gamelli, Rector de la Universidad Católica de Milán— que la misión de la Universidad no puede ser únicamente, o una pura formación técnica de la juventud o una palestra de investigaciones capaces de satisfacer la incorregible curiosidad por lo verdadero, propias del espíritu humano, sino que debe ser preparación de los jóvenes para la vida (11).

Mas aún: "Y la vida no es sólo inteligencia, sino también voluntad; no sólo pensamiento, sino también acción; no sólo dogmas, sino también moral. La fe se integra con las obras.

"Nada, pues, de Universidad meramente instructiva, sino Universidad integralmente formadora. No Universidad que ilustre las inteligencias tan sólo, sino Universidad que prepare también el corazón. No queremos únicamente sabios, sino, además hombres rectos, gente que sienta arder en su pecho la llama de la caridad cristiana, del fervor patrio, del anhelo de justicia" (12).

El Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo presentó al público latinoamericano en 1959, una serie de textos fundamentales relativos a la universidad alemana, la cual —destaca Juan Llambías de Azevedo, el notable iusfilósofo autor de "EIDETICA Y APORETICA DEL DERECHO" — "tal como fue concebida y organizada desde principios del siglo XIX, ha sido estimada, con razón, como una de las más altas manifestaciones de su género" (13).

En dicha obra alterna el pensamiento de Fichte con el de Schleimarcher, el de Humboldt con el de De Lagarde con el de Max Weber, Scheler y Jaspers.

El mismo Llambías de Azevedo hace notar que la publicación de esa importantísima obra que reúne directivos disímiles ("inconciliables", como dice este jurista y filósofo), quiere demostrar fundamentalmente que una renovación de la universidad no puede ser obra de ninguna ley, si esta no viene ya impregnada de un espíritu, de una idea o paradigma que haya presidido a su formulación. En esa idea y de esa idea —dice— han de vivir los hombres concretos: profesores y estudiantes. Pues la institución como tal, al encarnar la idea, amenaza petrificarla, a menos que sus hombres conservándola viva en ellos, animen también a la universidad desde dentro.

En el caso de la Universidad Centroamericana, ella ha nacido a la vida de la cultura nicaragüense como una promesa largo tiempo acariciada que se transforma en realidad. Ella ha traído —consciente o inconsciente— renovación e inquietud a nuestro medio. Gracias a la nueva Universidad, se inició en Nicaragua una carrera por la supremacía cultural que no ha podido sino brindar óptimos frutos a la Nación, ya que la competencia en el plano de la cultura es necesaria para que el país alcance un nivel más alto en la escala de las realizaciones del espíritu.

Dijimos al comienzo de nuestro estudio que era necesario situar al hombre de nuestro tiempo —al protagonista de la historia contemporánea— en su escenario de mediados del siglo veinte. Digamos ahora, con Max Scheler, que es hoy más necesario que nunca la misión de una verdadera "antropología filosófica" (14).

Porque —como lo pone de manifiesto Leopoldo Zea— "Nuestra época, a diferencia de otras, se ha caracterizado por una preocupación: querer saber qué es el hombre. Ese ente que somos nosotros mismos, ese ente que es el mismo que se ha planteado la cuestión, se ha hecho problema a sí mismo. Pero no es extraño que sea nuestra época la que se haya planteado el problema de qué cosa sea ese ente llamado hombre, porque es en nuestra época en la cual lo que era evidente, indiscutible, se ha hecho problema. Siempre, en toda época, el hombre ha tenido una idea de sí mismo; pero es en nuestra época en la cual el hombre se ha quedado sin idea sobre cualquier cosa: en toda época el hombre sabe algo acerca de cual sea su puesto en el universo, en el cosmos;

pero ahora cuando no sabe en realidad cual sea éste. En una época, como la nuestra, en la que el hombre cuenta cada vez menos, la existencia de éste, consecuentemente, tiene que hacerse más y más problemática" (15).

También el Dr. Alexis Carrel en su renombrada obra "LA INCOGNITA DEL HOMBRE" (16) demanda la urgencia de una nueva "ciencia del hombre" sintética al mismo tiempo que analítica, porque éste es unidad al mismo tiempo que multiplicidad.

Nuestra época —nuestra "circunstancia"— hace necesaria e ineludible una renovación. El mismo Carrel lo señala lapidariamente: "Para progresar de nuevo, el hombre tiene que reconstruirse. Y no puede hacerlo sin sufrir. Porque es a la vez mármol y escultor. Para descubrir su verdadero rostro tiene que destrozar a martillazos su propia substancia" (17).

Y la Universidad Centroamericana llega —en buena hora— para brindar a los nicaragüenses su personal visión del hombre y de la vida: su "Weltanschauung".

La misión de la Universidad de nuestro tiempo y de nuestro mundo —dividido trágicamente en hemisferios ideológicos y políticos— no es sólo la ciencia sino la conciencia. El hombre contemporáneo no puede encerrarse en ninguna "torre de marfil" y separarse del mundo.

Un gran sabio jesuita —el discutido pero no por ello menos genial hombre de ciencia y filósofo renovador P. Teilhard de Chardin— afirmaba categóricamente que "Económica y espiritualmente hablando, la edad de las civilizaciones ha terminado; comienza el de la civilización" (18).

No hemos de continuar —por razones de espacio— con un tema de tanta trascendencia como es el de la oportunidad de la fundación de la Universidad Centroamericana en Nicaragua y de las necesidades que ella ha venido a llenar en nuestra época y en nuestro medio. Tampoco habremos de extendernos más cerca de un tema —el de las Universidades— al que se han referido, antes que nosotros, pensadores de las más apuestas posiciones ideológicas y culturales (15).

Para terminar, queremos reproducir aquí las notables frases con que un distinguido pensador católico —el R.P. Doctor Florentino Idoate, S.J.— dió apertura al Curso 1962-1963 de la Universidad Centroamericana. Dijo así el ilustre orador: "El Cristianismo en concreto recoge en síntesis totalizador toda la realidad circundante, sin excluir ninguna parte o aspecto, ni sacrificar elemento alguno. La materia y el espíritu son diferentes pero no separados del hombre. La materia se convierte en instrumento del espíritu. El cosmo tiene un valor propio pero inseparable del espíritu. El hombre, una dignidad soberana donde están inscritos derechos imprescindibles no concedidos por ningún poder humano. La belleza del mundo es una manifestación de Dios; lo que el hombre debe añadir a la belleza del mundo transformándolo es una manifestación de su espíritu creador" (16).

Como lo señalan los psicólogos de la Gestalt: la figura tiene forma, el fondo carece de ella. Pero ambos —agregaríamos nosotros— son aspectos inseparables de una misma Realidad.